

14. La familiaridad con Cristo nos hace libres

Cuando San Benito pide a sus monjes "no anteponer nada al amor de Cristo" (RB 4,21), ¿qué quiere sino educar a una vida cristiana donde todo favorezca y exprese el compromiso de cultivar una relación de familiaridad con el Señor, con este Señor que está sentado a la derecha del Padre? San Benito ha logrado crear un ambiente de vida monástica donde todo aquello que conlleva la vida humana, ya sea grande o pequeño, fuerte o frágil, se concentre en vivir prefiriendo el amor de Jesucristo. Todo el camino que propone es para aprender a familiarizarse con Dios, pasando del temor servil al amor filial. Al final del capítulo 7 escribe sobre los grados de la humildad: «Cuando el monje haya subido todos los grados de humildad antes mencionados, inmediatamente llegará a ese amor de Dios que "cuando toca la perfección, aleja el temor" (1 Jn, 4,18), y comenzará a hacerlo sin esfuerzo, casi naturalmente y por la fuerza del hábito, todo lo que hacía antes por temor; y esto no ya por el miedo al infierno, sino por el amor de Cristo, así como por la misma buena práctica y del gozo de la virtud» (RB 7,67-69).

Según Benito, la familiaridad con Cristo no es solo la culminación del viaje del temor al amor, sino lo que permite y acompaña este mismo viaje, esta conversión del corazón. Al familiarizarnos con Dios, llegamos a ser su familia, sus amigos, y es entonces cuando el miedo desaparece por sí mismo, como las nubes cuando aparece el sol.

Un problema que detecto cada vez más viviendo el camino sugerido por San Benito, y por la Iglesia en general, es a menudo el hecho de que el hombre de hoy en día, incluso los que entran en el monasterio o viven otras formas de consagración, frecuentemente cree no tener más temor de Dios, no tener miedo de perder a Dios, de ofenderlo. Y así se cree que ya está lo suficientemente familiarizado con Él, hasta el punto de que ya no es necesario familiarizarse más con Él. De hecho, el hombre de hoy está lleno de miedos. Tiene miedo de todo y de todos, y necesita asegurarse de muchas maneras no hacer frente a cualquier posibilidad de perder la seguridad, la paz, la serenidad y la auto-realización que cree que posee, o que puede obtener por sus propios esfuerzos. Uno se siente seguro de lo que tiene y lo que hace, y se hace de todo para hacer invulnerable esta seguridad, cultivando tanto cuanto sea posible las propias capacidades reales o percibidas, y construyendo protecciones invencibles alrededor de todo lo que se posee. Y como esta seguridad demuestra ser siempre insuficiente para tranquilizarnos, la búsqueda de seguridad se convierte en una droga que, cuanto más la consumimos, más la necesitamos.

En realidad, la pérdida de la referencia a Dios como el único que puede garantizar nuestra vida, como aquél que garantiza y salva nuestra vida, incluso más allá de la muerte y la pérdida de todo, la pérdida de la experiencia de que el amor de Dios es mejor que la vida (cfr. Sal 62,4), que la providencia del Padre nos protege más que

todas nuestras seguridades y es más fuerte que todo lo que podamos tener o hacer, perdiendo todo esto, realmente al hombre sólo le queda el miedo.

El temor de Dios del que hablan la Biblia y la Iglesia no significa tenerle miedo, sino que se refiere a la conciencia según la cual sin Él estamos perdidos, estamos abandonados a nosotros mismos, ya no tenemos ninguna seguridad real. Por esta razón, el temor de Dios es en realidad el antídoto contra todo miedo, contra todos nuestros miedos. Y si lo entendemos de esta manera, entendemos que el temor a Dios, la conciencia de nuestra dependencia ontológica de Él, nos impulsa a buscar la familiaridad con Él. El temor de Dios es la conciencia de que, si me falta la familiaridad con Dios, si me falta su amistad filial, mi vida es dejada a sí misma, y a las falsas seguridades que se construye y que la convierten en esclava.

Todo en la metodología que propone San Benito a los monjes que viven según su Regla es la educación a experimentar que vivir como miembros de la familia del Señor hace la vida más libre, dilata el corazón en el amor. Y una vida libre no es una vida liberada de lo que es agotador y arduo, sino una vida en la que lo difícil y arduo también se convierte en una oportunidad para vivir plenamente. Es literalmente lo que Jesús propone: "Venid a mí, todos los que estáis cansados y fatigados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso" (Mt 11,28-29). El yugo no es para escapar de la fatiga, sino que nos ayuda a llevarla con Él, para llevarla como Él la lleva. El yugo de Cristo, en otras palabras, su cruz, es para nosotros la posibilidad y la gracia de poder enfrentarnos a todo, incluso a la muerte, junto con Él, y, por lo tanto, como Él. Y esta es una victoria, porque la Cruz ha vencido la muerte y el pecado, ha vencido todo el mal y toda la fatiga de la humanidad.

Esto me hace pensar en el Cireneo, que fue obligado a llevar la cruz de Jesús. Podemos imaginar cómo en un primer momento le debió ser desagradable. No hay nada peor que forzarte a llevar la cruz de un condenado a muerte. "¿Por qué me ha tocado a mí? ¿Cometí yo sus crímenes? ¿Por qué tengo que soportar su condena? ¡No es justo, es un abuso!"

Simón de Cirene no podía rebelarse contra los soldados romanos, y tomó la cruz en silencio, aunque su corazón estaba hirviendo de rabia y probablemente resentimiento hacia Jesús. También debía tener miedo de que la gente que pasaba pensara que el condenado era él, que él era el malhechor que era conducido a la crucifixión. Sin embargo, se encontró viviendo en la misma posición que Jesús, en el centro de una hostilidad general. Y seguramente debió observar a Jesús, cómo avanzaba hacia la muerte, cómo reaccionaba ante los tormentos de la muchedumbre y los soldados, cómo sufría, con su cuerpo ya sangrando por los azotes y la corona de espinas. Quizá presencié el encuentro de Jesús con su madre. No sabemos nada de lo que el Cireneo experimentó, de lo que significó para él ese camino llevando la cruz de Cristo junto a Él. Pero el Evangelio nos hace comprender que algo le sucedió. ¿Por qué? Sobre todo, porque sabemos su nombre y su proveniencia, Simón de Cirene, y que regresaba del campo.

Ciertamente, los romanos no le pidieron su pasaporte antes de poner la cruz de Jesús sobre sus hombros. Vieron a un hombre, un campesino, musculoso, pobre, y eso es todo. Después de su servicio, para los romanos, Simón desapareció y ya no pensaron más en él. Indudablemente no le pagaron por este servicio. En cambio, su nombre, su trabajo, su ciudad de origen, e incluso el nombre de sus dos hijos, todo esto lo han conocido los primeros cristianos. Marcos escribe: "Un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y Rufo, llegaba entonces del campo. Al pasar por allí le obligaron a cargar con la cruz de Jesús" (Mc 15,21).

¿Qué significa todo esto? Que, caminando con Jesús, llevando su cruz, mirando a Jesús y viviendo la experiencia de ser observado por Él, Simón hizo un camino de familiarización con Cristo, se familiarizó con Jesús, hasta el punto de familiarizarse con su familia, la Iglesia. Marcos dice "padre de Alejandro y Rufo", como si todos supieran quiénes eran estos dos. En la comunidad primitiva estos dos hombres eran conocidos, eran hermanos de los discípulos de Cristo.

La experiencia del Cireneo fue ciertamente el descubrimiento de una familiaridad con Cristo, generada por la conciencia de que Su sufrimiento concernía a su vida, a su destino; que no le era indiferente, como instintivamente pensaba. En esa cruz, Jesús pronto sería clavado y moriría atrozmente sufriendo también por él, por Simón.

A menudo pienso en ello, cuando rezo por personas enfermas y que sufren, o me encuentro haciendo algo para ayudarles. Ellos están agradecidos como si les hubiéramos ayudado a llevar un peso que solo ellos deberían llevar. En cambio, entiendo que realmente les ayudamos a llevar la cruz que llevan por nosotros, por todos nosotros. En el misterio de la Cruz, Cristo ha llevado sobre sí todos los sufrimientos del mundo para dar a cada sufrimiento un valor redentor para todos. Si se nos invita a ver a Cristo en el hermano que sufre, que está enfermo, prisionero, desnudo, que tiene hambre o no tiene hogar ni patria, no sólo es el Cristo sufriendo a quien debemos reconocer en él, sino el Cristo que sufriendo ha redimido y salvado el mundo.